

CATERINA ZECCHINI (1877-1948)

La madre Caterina Zecchini nació en Venecia el 24 de mayo de 1877 y vivió y murió también en la misma ciudad el 17 de octubre de 1948. No sabemos mucho de su juventud: bautizada el 3 de junio de 1878 en la Iglesia de Santiago del Orio y confirmada en la Iglesia de los santos Jeremías y Lucía el 25 de mayo de 1885, fue una muchacha dotada de un carácter exuberante, vivaz e ingeniosa, pero muy sensible. Después de cumplir los diez años, ya terminada la escuela primaria, Caterina comenzó a trabajar en casa, ayudando a su padre, comerciante de vinos, en la contabilidad. En ella nació una atención cada vez más fuerte hacia los pobres, especialmente hacia los niños que encontraba en las calles de su parroquia y que a menudo llevaba a su casa para alimentarlos y vestirlos.

Esta caridad que germinó en su corazón estaba destinada, con la gracia de Dios, a crecer en el tiempo hasta que ya no pudiese limitarse a esos pobres ocasionales, manifestándose en ella la necesidad de trabajar con todas sus fuerzas para la expansión del reino de Dios en toda la tierra, al servicio de aquellos a quienes Caterina llama los verdaderos pobres: los que aún no conocen a Dios. En 1905 Caterina realizó un encuentro fundamental para su vida espiritual: el del dominico P. Giocondo Pio Lorgna. Quién durante más de 25 años (es decir, hasta su muerte), fue su director espiritual, y la ayudó a crecer en el amor a la cruz y a la Eucaristía.

El encuentro eucarístico fue para ella el encuentro con una persona real, con el Dios a quien ella creía «aniquilado, escondido», pero que sabía muy bien que era el único poderoso y capaz de transformar la vida del hombre. Después de recibir la Eucaristía, cada vez sintió mayores deseos de perfección y de unión con Dios; si la contemplación eucarística la llevó

a un conocimiento auténtico de sí misma y de su propia nulidad, también le dio la fuerza para desplegar las alas y mirar más alto, allí donde muchos hermanos esperaban su ayuda.

La comunión con Cristo generó la misión, que se manifestó en sentimientos de emoción y de amor, en lo que ella asimiló con la sed de las almas de Cristo: «Sentí una gran sed de almas [...] dadme tantas, Jesús, de estas almas, quiero que vuelvan a tus pies, hermosas y purificadas» (16 de septiembre de 1912). Contemplando a Cristo en su pasión, bajo el rostro del Crucifijo y en la presencia eucarística, compartiendo la angustia del amor, Caterina no podía sino desear como principal remedio para satisfacer esta sed que aquello escogido por Cristo mismo: el sufrimiento. Así nació el deseo de ofrecerse con Cristo y en Cristo como víctima en favor de los hermanos. El acto de ofrecimiento al amor misericordioso, del 8 de diciembre de 1920, fue una síntesis de este camino, de estas intuiciones que se fundían en un gran y único ideal: «Tengo grandes deseos dentro de mí. Mi gran Dios, me gustaría ser la apóstol de tu amor. Morir mártir de la caridad, dedicar cada momento de mi vida para que tu amor sea conocido, por la gloria de Dios y el bien de las almas».

Desde la luz eucarística podemos entender las diversas actividades misioneras emprendidas por Caterina. En primer lugar, la difusión de la «Estampilla Apostólica», que ella misma compuso en 1915, consistente en un día mensual de oración y de ofrecimiento del trabajo en favor de las misiones, para obtener vocaciones misioneras, así como todas las ayudas espirituales y materiales que necesitaban y la conversión de aquellos que todavía no conocen a Cristo. En segundo lugar, la hora de adoración, en la que delante del Santísimo Sacramento, invitaba a orar por las misiones de todo el mundo. En tercer lugar, la unión misionera santa Catalina de Siena, que reunía a un grupo de mujeres, comprometidas por votos privados, y que en sus encuentros mensuales ofrecían algunas horas de trabajo por las misiones y la hora de adoración con el mismo propósito, siempre acompañadas por un sacerdote en un camino de formación misionera.

El doble movimiento de trabajo y de adoración también marcó otra

iniciativa de Caterina: el laboratorio misionero, que en un segundo momento dará vida al laboratorio misionero diocesano: «Solo la oración y el trabajo habrían tenido la eficacia de hacer realidad el objetivo que Caterina Zecchini había propuesto entre los fieles por los infieles». Por último, cabe destacar la institución de los Pequeños Apóstoles de la Santa Infancia y de una Compañía Filodramática, cuya recaudación de los recitales también era en beneficio de las misiones.

La llamada particular de Caterina a ser «víctima», su sed de oración cada vez mayor, la aniquilación progresiva de sí misma ante Dios, no son más que un signo de una vocación que ya no se limita a la persona, sino que se extiende a la comunidad: dichas inclinaciones la llevarían en el futuro a la fundación de un instituto religioso. La intuición de fundar una congregación la recibió, una vez más, ante Jesús Eucaristía. Era 1912, en Castel di Godego, cuando vio claramente la idea de fundar una comunidad religiosa, que se volcase totalmente en favor de la misión universal de la Iglesia. Pero se necesitaron muchos años de interiorización, de un camino de fe, de una cuidadosa búsqueda de la voluntad de Dios y de discernimiento, con la ayuda de algunos sacerdotes, para que la idea se hiciese realidad.

Obligada a refugiarse en Novara debido a la guerra, a principios de octubre de 1918, Caterina se encontró con el P. Luigi Fizzotti, pasionista, en la Iglesia de Santa María delle Grazie. Durante la confesión, sin que ella le hubiese manifestado nada, él la animó a comenzar la fundación de la congregación y sin demora, porque era el Señor quien la quería. El P. Luigi siempre se mantuvo cerca de Caterina, apoyándola en su papel de fundadora, ayudándola a abrirse camino a través de cartas y recomendaciones y, cuando se trató de darle un rostro institucional a la congregación, se convirtió en su principal garante.

Así, Caterina, a quien alguna compañera ya se había unido espiritualmente, pidió al cardenal, el patriarca de Venecia, Pietro La Fontaine, que bendijera la Obra que había comenzado. El 10 de noviembre de 1922 el cardenal firmó el decreto de erección de la Pía Unión, pero sería el 30 de mayo de 1923 cuando Caterina Zecchini, con las dos primeras compañeras,

comenzase el primer cenáculo de vida comunitaria, emitiendo al día siguiente, fiesta del Corpus Christi, el acto de consagración delante del P. Lorgna. La primera etapa duró de 1923 a 1933: diez años de trabajo intenso y prolongado, de oración y de sacrificio, en espera de la erección del Instituto como una institución eclesial de derecho diocesano.

Después de algunas dificultades, de contrastes y obstáculos de todo tipo, el 10 de abril de 1933, llegó la constitución oficial de las Siervas Misioneras del Santísimo Sacramento. «Se decidió por el sí», dice el Diario del patriarca, que quiso fechar el decreto el día del Viernes Santo. Esta fecha es muy apropiada porque –según se lee en el decreto– «estamos en el decimonoveno centenario de la redención; es el día en el que el Señor derramó su sangre por los hombres. Y la nueva congregación, más allá del fin común a todos los Institutos religiosos, demanda un empeño particular a sus hijas: trabajar entre los fieles para los infieles, ayudando a las misiones católicas con obras espirituales y materiales, que combina muy bien con los propósitos de la redención misma». Para Caterina y sus compañeras fue la anticipación de la Pascua.

Ella misma lo había expresado en la primera Regla de 1923: «Una obra plenamente iluminada por el espíritu apostólico y el espíritu eucarístico, que tiene la misión de ganarse las almas de los infieles pobres para el corazón de Cristo y así aumentar el número de sus fieles». Como piedra angular para el Instituto, Caterina estableció el amor por la Iglesia, descubierta en su naturaleza maternal y misionera. La obra, por lo tanto, debe tener como primera cualidad la de un carácter apostólico general (Regla 1923): «Todas las misiones sin excepción tendrán el sufragio de nuestras oraciones, sacrificios, ofrendas».

La contemplación misionera universal vivida de esta manera produjo como consecuencia una elección definitiva en Caterina. «Queremos ejercer nuestra misión aquí entre los fieles, pero en beneficio de los infieles. Por lo tanto, con la ayuda del Señor trataremos de aprovechar al máximo el bien espiritual y material de las misiones católicas y difundir la idea misionera en toda clase de personas» (al patriarca Pietro La Fontaine, 25 de julio de

1922). La vida y la espiritualidad de Caterina encontraron la fuerza y el significado en la fuente de la vida de toda la Iglesia, en la Eucaristía, la fuente de la misión.

Caterina sabía que el ideal que la animaba era realizable solo a través del sufrimiento: nunca rechazó la Cruz, incluso cuando en los últimos años de su vida vino a visitarla en forma de una enfermedad dolorosa y de una serie de incomprensiones. Entonces seguía encontrando fuerza y valor en el tabernáculo orando durante mucho tiempo, incluso de noche, para pedir gracias para el Instituto y para la extensión del reino de Dios sobre toda la tierra. Después de una vida completamente dedicada al ideal eucarístico-misionero, su muerte, acaecida el 17 de octubre de 1948, realizó para ella lo que había escrito muchos años antes en las Reglas del Instituto: «Al final de nuestra vida mortal, la última nota de amor que emanará de nuestro pobre corazón será la del Cristo muriente: “*Consummatum est*. Todo se ha cumplido”».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019